

paña. José María Mesa Jaramillo dejó en esas revistas la muestra de la importancia de sus estudios históricos.

No hemos querido hacer un estudio de las letras antioqueñas y por eso, en la relación de nombres y revistas que precede, faltan varios de los que mencionó el señor Gómez en su reseña literaria con el debido elogio y en el lenguaje atractivo y brillante de sus producciones maestras, como el de don Marco Fidel Suárez, príncipe de los modernos escritores castellanos.

JUAN A. ZULETA

---

## NUESTRA LENGUA

### vínculo espiritual de la raza

Tiempo era ya de que todos los que descendemos de la misma gloriosa estirpe y hablamos el mismo idioma, pensáramos en consagrar un día del año a celebrar, en todas las regiones del globo en que se habla la lengua de Castilla, la fiesta de la raza, y este día no podía ser otro que el 12 de octubre, una de las fechas más memorables de nuestra historia; día en que el genio de aquel insigne visionario, Cristóbal Colón, vilipendiado y despedido en todas partes, pero comprendido y alentado por la magnánima Isabel de Castilla y secundado por los heroicos navegantes españoles, «renovó la faz de la tierra,» según la hermosa imagen bíblica, descubrió ante los ojos de Europa asombrada un nuevo mundo, emporio de maravillas y tesoros de todo género, teatro de nuevas y brillantes civilizaciones, y árbitro un día no lejano de los destinos de la humanidad. Por muchas hipérboles que pueda forjar el entusiasmo, aún resultarían pálidas comparadas con las realidades del

descubrimiento, conquista y civilización de América. ¿Qué es la Iliada al lado de esta sobrehumana epopeya, que no ha encontrado ni encontrará seguramente un Homero digno de cantarla? ¿Qué significación histórica tienen las conquistas de Alejandro, la gloria de los imperios asirios y babilónicos y hasta la creación del mundo romano? Así se explica la enfermedad de *hispanofobia* que «apareció en Europa en 1492: sus focos principales (son palabras de la revista *Cultura Hispano Americana*) fueron Lisboa, Venecia, Génova, París y Londres; contra la nación que había hecho lo que ninguna supo ni pudo hacer, se desataron todos los odios y a medida que España organizaba expediciones para el nuevo mundo, enviaba a éste numerosos y heroicos exploradores, letrados, misioneros, guerreros artífices, artistas, materiales de construcción, utensilios agrícolas, géneros alimenticios, semillas y diversas clases de ganado para la industria y el comercio, y sabía inventar recursos de todas clases para colonizar las regiones que descubría, muchas de ellas salvajes, entregadas a la antropofagia y a la sodomía, más y más aumentaban en Europa el rencor, la envidia y la enemistad contra ella. Circunstancias políticas, ocurridas en 1557, en la histórica región de Flandes, que había sido incorporada a España desde el casamiento de Felipe el hermoso con doña Juana de Aragón y Castilla, radicó el centro principal de hispanofobia. Allí se prepararon las más numerosas bandas de corsarios; allí se inventaron las más procaces calumnias; allí se imprimieron los libros más infames contra España.....»

La decadencia política de esta última, precipitada por la misma magnitud de la empresa civilizadora del nuevo mundo, las guerras en que se vio envuelta en Europa, entre ellas, la insidiosa y terrible invasión napoleónica, dieron nuevo fomento a tan feroz epidemia

que, en la primera mitad del pasado siglo y por causas fáciles de comprender, llegó a ser endémica en los pueblos americanos. En virtud de esa deplorable hispanofobia que aún tiene en nuestros días más o menos solapados fomentadores, vemos a algunos hispanoamericanos que, con harta mengua de sus apellidos hispánicos y de la sangre que corre por sus venas, recuerdan el

—*minxit in patrios cineres*—

de Horacio, y vilipendian a España en el patrio idioma. Es más, yo creo que algunos, en su antiespañolismo, no pudiendo menos de servirse de nuestra hermosa lengua, se desquitan afeándola de intento con monstruosos barbarismos y galicismos.

Afortunadamente esta atmósfera de odio insano e injustificado se va disipando; España va saliendo de la penumbra en que pretendieron envolverla sus enemigos seculares; resuenan sus merecidas alabanzas en la boca de sus adversarios encarnizados de ayer, como lo demuestran los libros de numerosos escritores norteamericanos y las manifestaciones de brillantes escritores belgas; y sus hijos de Sur América empiezan a abrir los ojos y a hacer justicia a su augusta progenitora. Este gran movimiento de justicia y de glorificación ha hecho nacer en todas partes una corriente de simpatía, de acercamiento y de fraternidad.

Me atrevo a asegurar que uno de los factores que han contribuido a crear y robustecer esta corriente han sido los estudios relativos a la lengua, tan brillantemente iniciados y difundidos por el ilustre Cuervo. Su patriotismo clarividente y su gran cultura lo llevaron a defender a España, en su magna empresa de conquista, población y civilización de América, contra sus torpes calumniadores. En la introducción a la *Vida* de su padre, dice: «Ninguna de las colonias (hispanoame-



ricanas) carecía de un colegio o universidad, dotada de biblioteca que diariamente se enriquecía con obras valiosas, y provista las más de las veces de instrumentos científicos.»

Ha llegado la hora de la gran revisión histórica de la obra de España en ambos mundos. Y como ha dicho recientemente una escritora, honra de nuestra raza, doña Blanca de los Ríos de Lampérez, al inaugurarse un monumento al insigne Menéndez y Pelayo: «El día en que nuestra titánica empresa, geográfica, cultural y evangelizadora, aparezca en su asombrosa magnitud, podrá estimar la historia, arrodillada de admiración, la estatura moral de esta España, cuya grandeza harto se revelaba en el empeño que cinco siglos de envidias pusieron en calumniarla y empuñarla.»

Hasta parece que la inmensa y horrible tragedia a que asistimos y que está arruinando y casi destruyendo a gran parte de Europa es favorable a este despertar de la conciencia histórica, porque, como hace notar la misma escritora: «ante el bárbaro empuje de fuerzas que compiten con las de la naturaleza y barren los contornos de las naciones, el espíritu de las nacionalidades se despierta despavorido y heroico y, cuando ceden las fronteras geográficas, se abraza a las fronteras espirituales, y se vuelve a las sagradas fuentes de su ser, a su historia que es el alma y la personalidad de los pueblos.»

En estos solemnes momentos cábele a la República Argentina la honra de haberse anticipado a las demás Repúblicas hermanas, en la gloriosa iniciativa de señalar el 12 de octubre como día feriado, destinado a celebrar la *Fiesta de la raza*. Todos los españoles recordarán siempre con admiración y afecto las nobles, sentidas y espontáneas frases del Excelentísimo señor Presidente de la , doctor Hipólito Irigoyen, en homenaje a la madre

España, en el decreto en que instituye la indicada fiesta.

En todos los pechos españoles despertarán vivísima emoción los considerandos que acompañan al decreto y en los que vibra la sinceridad sin mezcla de retóricos afeites.

Ninguna ocasión, pues, más oportuna para desarrollar el tema que hoy propongo a vuestra consideración, es decir, *la importancia de nuestra lengua como vínculo espiritual de la raza*.

En efecto, de todos los vínculos que unen entre sí a las sociedades humanas ninguno es más fuerte y duradero que la lengua, que llega a constituir una especie de nacionalidad espiritual, depurada y selecta.

Roma, la antigua fundadora del vasto imperio a que dio su nombre, sostuvo luchas cruentas para reducir a la unidad las diversas tribus de la Península itálica, e imponerles su lengua. Para conseguir tal objeto, los grandes políticos del Lacio, entre ellos el dictador Sila, no vacilaron ante las más sangrientas medidas, como lo prueba el aniquilamiento del gran pueblo etrusco, de cultura muy antigua y muy superior a la romana. Y cuando, unificada la península, pensó la vencedora de Cartago en imponer su yugo a las demás naciones, fue su preocupación predominante el establecimiento de su lengua como idioma común. Tal fue el eje de la política de Augusto y demás emperadores, según lo afirman con irrefutables testimonios Tácito, Plinio, Suetonio y otros escritores. Gracias a esta política decidida y perseverante, pudo amalgamar y fundir, en el mismo crisol, tantos pueblos y razas y pudo decirle con justicia el poeta Rutilio Namaciano:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam,  
Urbem fecisti que prius orbis erat* (1).

(1) Hiciste una patria de razas diversas  
Y lo que era un mundo trocaste en ciudad.



Y fue tal la fuerza plasmadora de aquel severo idioma latino, forjado y templado en las lides del foro y de la vida cívica, purificado en los escritos de los historiadores y filósofos y engalanado y acicalado por los poetas, que aun después de la terrible invasión de los bárbaros, que parecía destinada a barrer hasta los últimos vestigios del nombre romano, mantuvo la unidad espiritual en las nuevas naciones, que se iban formando, y obligó a los rudos invasores a adoptar la lengua de los vencidos.

Aún después de tantos siglos y de tantas revoluciones mundiales, subsiste inmortal la obra civilizadora de Roma, gracias a su lengua, que se ha perpetuado en las diversas lenguas neolatinas o romances; y, observaré, de paso, que entre todas ellas la nuestra es la que con más pureza ha conservado, lo mismo en su fonética que en su morfología y sintaxis, los severos y majestuosos rasgos de su madre.

¿Por qué se llaman latinos pueblos de tan distintas procedencias, sino porque hablan lenguas, que son hijuelas del rico idioma del Lacio, que creó, en los diversos pueblos sometidos al imperio de los Césares, una misma alma, un mismo derecho y una misma orientación espiritual? Por eso existe una brillante raza latina, paladón de la cultura y del derecho, que hoy mismo asombra al mundo con las hazañas y el heroísmo de sus hijos.

En esta misma tragedia espantosa que tantos millones de víctimas ha hecho, se ve también el influjo poderoso que ejercen las lenguas en los conflictos entre las razas.

Pero no basta que las naciones posean este poderoso vínculo de la lengua, que las liga entre sí; es necesario que todas las que hablan el mismo idioma hagan lo posible por mantener su integridad y pureza.

¿De qué sirve que poseamos tan maravilloso instrumento si no sabemos cuidarlo y conservarlo? El hombre y el pueblo que descuidan su lengua, y lo que es peor aún, la bastardean y degradan con giros impropios, con palabras de otras lenguas y con neologismos innecesarios y bárbaros, contribuyen a su degradación espiritual. Por eso decía con harta razón el gran maestro Cuervo que «nadie hace tanto por el acercamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de los estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialectales oponen al comercio de las ideas.» Pecan, pues, contra el patriotismo lo que no defienden los fueros del idioma y lo tratan con el mayor desdén.

Los gobiernos deben vigilar de un modo especial todo lo que se refiere a la enseñanza y cultivo del idioma. Los cuerpos docentes, como lo hacen en todas las naciones cultas de Europa, deberían ser los encargados de redactar un programa único para la enseñanza del idioma nacional en todas las escuelas públicas y particulares, y no permitir que reine la anarquía en tan importante enseñanza.

Si todas las naciones hispanoamericanas pusiesen el mismo esmero en todo lo que se refiere a la enseñanza de la lengua y aun celebrasen congresos sobre punto de tan vital interés, no vivirían seguramente tan separadas intelectual y literariamente en medio de un aislamiento egoísta y suicida. No se daría el caso de que sean desconocidos en cada una de ellas el movimiento intelectual y las obras más notables de las demás. Porque no puede negarse que, en algunas repúblicas de lengua castellana, se han hecho y se hacen constantemente estudios lingüísticos interesantes y se presta la mayor atención a la enseñanza del idioma. Merece entre todas honrosísima mención la República de Co-



lombia, en la que nuestra lengua ha tenido siempre glorioso baluarte, como lo prueban sus grandes filólogos, escritores, poetas y preceptistas.

En ninguna parte, ni aun en la misma Península, ha tenido tantos y tan celosos cultivadores la gramática, tan desconocida como vilipendiada por los indocitos y los corruptores del lenguaje. Ignoran que, como decía el gran preceptista español Quintiliano: «La gramática es necesaria a los niños, agradable a los viejos, dulce compañera en la soledad, y, entre todos los estudios, el que tiene más trabajo que lucimiento.»

Para formarse ligera idea del fervor y aplauso que siempre merecieron estos estudios en Colombia, basta recordar los nombres del incomparable autor del *Diccionario de construcción y régimen*, del eximio traductor de Virgilio, don Miguel Antonio Caro, de Pombo, de Fallon, de Marroquín, de Carrasquilla, de Restrepo, de Isaza, de don Marco Fidel Suárez, autor de notables y profundos estudios sobre nuestra lengua y cuyo claro talento promete todavía días de gloria a las letras y a la política de su patria, y de otros muchos que sería prolijo enumerar. Baste decir, como detalle sugestivo, que, en la serie de los últimos presidentes de esta gran República, predominan los cultivadores de las letras. No ha sido mucho menos intenso el movimiento literario y lingüístico en México, como lo revelan las notables publicaciones y los trabajos lingüísticos del erudito académico señor García Icazbalceta, del señor Angel de la Peña, y de una brillante pléyade de escritores y poetas cultísimos, cuyas obras ha dado a conocer recientemente entre nosotros en doctas y elegantes conferencias mi amigo el delicado poeta Urbina.

Del ardor con que se cultivan la lengua y las letras en el Perú y Venezuela dan testimonio evidente los nombres y las obras del venerable Ricardo Palma,

Pardo, del Carpio, Paz Soldán, Corpancho, Althaus, Chocano, etc., en el primero, y, en la segunda, del insigne poeta Bello, gloria de nuestra lengua y estirpe, del castizo Baralt, autor del *Diccionario de galicismos*, de Camacho Roldán y Fermín Toro, del delicado poeta Gutiérrez Coll, de Asunción Silva, sin contar a Ros de Olano y Heriberto García de Quevedo, colaborador de Zorrilla, a quienes generalmente se asigna honroso puesto entre los literatos de la Península.

En Centro América, donde siempre se atendió con esmero el cultivo de nuestro idioma, sólo citaré de paso a los ecuatorianos Olmedo, una de las cumbres de la poesía americana, a Numa Pompilio Llona, Mera, Tovar, de aficiones lexicográficas, al ilustre cantor de *Azul*, tan popular en toda América y Europa, al delicado prosista Gómez Carrillo, guatemalteco de nacimiento, al gramático salvadoreño Gagini, y al meritísimo lexicógrafo de Honduras señor Membreño, sin otros muchos elegantes cultivadores de la poesía y de la lengua, como el doctor Gustavo Ruiz a quien recientemente hemos tenido el placer de aplaudir en este recinto.

Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico no se quedan atrás en este gran torneo. Recordaré, entre ciento, los nombres del inspirado cantor del Niágara, Heredia, de Henríquez Ureña, de Martín, Juncos, etc., etc.

Panamá sigue, en esta materia, las tradiciones de Colombia. Su gobierno ha promulgado recientemente una ley, que pudiéramos llamar de higiene literaria, para corregir los innumerables abusos que se cometen en las inscripciones, letreros y anuncios públicos. Muy conveniente sería que los demás países que hablan nuestra lengua, incluso la misma España, imitasen tan laudable iniciativa.

También merece mención honorífica, en lo relativo al cultivo de la lengua, la República de Chile, donde



la memoria de Bello y sus admirables y fecundas enseñanzas han mantenido el entusiasmo por esta clase de estudios, y donde han sido y son objeto de continua preocupación, por parte del gobierno y de las autoridades universitarias, las disciplinas lingüísticas y filológicas.

La empresa del cantor de la *Zona Tórrida* no fue fácil al principio, pues tuvo que arrostrar las iras de los furibundos enemigos de la cultura española, como Lastarria e Infante, que llegaron a llamarle *miserable aventurero*. Como dice Menéndez y Pelayo: «pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país, como el que Bello contrajo alejando de Chile la barbarie.» Los nombres de doña Mercedes Marín, Sanfuentes, Lillo, Irisarri, los Amunáteguis, de la Barra, Zorobabel Rodríguez, etc., justifican la obra cultural de Bello.

En cuanto a la República Oriental, que siempre se distinguió por su amor a la cultura, basta recordar entre otros muchos, el nombre glorioso de Rodó, admirable cincelador de nuestra lengua.

En esta floreciente nación Argentina, que hoy se adelanta a sus demás hermanas en la hermosa iniciativa de consagrar el día aniversario del descubrimiento de América a la Fiesta de la Raza, ha tenido alternativas el cultivo de nuestra lengua. Más aún, ha habido hombres tan mal aconsejados que patrocinaron y lanzaron a los cuatro vientos la creación de una lengua argentina, una especie de esperanto, uno de esos engendros híbridos, llamados lenguas universales, sin pasado ni porvenir, que, cuando más, desempeñan en el trato internacional el mismo papel que el código de señales en la marina. Movía, en gran parte, a estos innovadores la ignorancia del propio idioma y juzgaban bellezas los innumerables barbarismos, galicismos y otros excesos con que los aviones inmigratorios habían enri-

quecido el vocabulario argentino. Como el famoso loro de la fábula de Iriarte, creían que, con semejante jergonza, ilustraban el idioma nativo.

Afortunadamente existía, en primer término, una gloriosa tradición literaria, mantenida por las obras de Echeverría, Mármol, Juan Cruz Varela, Mitre, Cané, Gutiérrez, López, Quesada, el gran poeta Andrade y Guido Spano; resonaba todavía la elegante elocuencia de Avellaneda, y no habían colgado sus armoniosas lirás Obligado, el inspirado cantor del *Ombú*, y el clásico Oyuela, que ensalzó a Fray Luis y a Cervantes en rotundas e impecables estrofas. Por otra parte, entre la juventud literaria, aparecían algunos nombres, que destacándose del cuerpo amorío, mostraban ya, como en el huerto de Fray Luis,

«... en esperanza el fruto cierto.»

MIGUEL DE TORO Y GOMEZ

### Apunte para la Historia

En el testamento de don Diego Colón, hijo legítimo del insigne descubridor del nuevo mundo, documento extendido y firmado en 8 de septiembre de 1523, en la ciudad de Santo Domingo, pocas horas antes de salir embarcado para España, de donde no volvió a América, se lee este párrafo importantísimo para la historia de Cristóbal Colón:

«Si acaesciere mi fallecimiento en Sevilla, mando que mi cuerpo sea depositado en el Monasterio de las Cuevas, con el cuerpo del almirante, mi Señor, que está allí; e ruego e mando a mis herederos y albaceas, que, por amor de Dios, e porquellos fallen quien cumpla las últi-